

Mi hija Carlota.

Ariadna Santos Guerrero



Image not found.

Capítulo 1

-Mamá, ¿quién soy yo?

Me preguntó mi hija. Era una pregunta que solía hacerme desde que había aprendido a razonar. Sabía que, con la edad que tenía, pronto iba a preguntarme sobre cómo se hacían los niños, de dónde venían y todas estas cosas que un niño de su edad preguntaba a sus padres.

Pero no me imaginé que podía preguntarme algo así.

-¿A qué te refieres? – le pregunté.

-No sé quien soy, ¿quién soy, mamá?

Me agaché a su altura y le respondí:

-Pues eres mi hija, cariño. Eres mi hija Carlota.

Ella negó con la cabeza.

-No mamá, no me entiendes. – Me respondió mientras se marchó cabizbaja a su habitación.

Durante un tiempo, estuvo preguntándome cada día quien era. Yo intentaba encontrar una respuesta que la dejara satisfecha, pero no lo conseguía.

-Mamá, ¿quién soy yo?

-Eres un ser humano. Como yo o como papá. Los abuelos también lo son. Y eres nuestra hija.

-No, mamá, no me entiendes.

Le hablé a mi marido sobre este tema, preocupada. Él no quiso escucharme y me gritó diciendo que parase con el tema. Que eso era ridículo, que lo olvidara. Que dejara de ver cosas que no existían. Pero yo no podía olvidarme de aquello. Necesitaba poder darle una respuesta decente, ¡por Dios, soy su madre!

-Carlota – la llamé. Ella dejó sus juguetes en el suelo y se acercó a mí. - ¿Por qué me preguntas siempre quién eres?

Ella bajó la cabeza, parecía triste.

-Porque no lo sé – me respondió. – Y quiero saberlo.

-Pero cariño – me senté en el suelo. – Siempre te respondo a tu pregunta y ninguna de mis respuestas te sirve... ¿por qué?

Ella alzó la cabeza de nuevo.

-Porque ninguna responde a mi pregunta.

Su respuesta me dejó helada. ¿Cómo era posible que tuviera estas dudas a una edad tan corta? Me dirigí a mi habitación al borde de las lágrimas. ¿Es que acaso no era una buena madre? Cogí la foto que tenía en mi mesita de noche. Allí salíamos los tres cuando Carlota apenas tenía un año. ¿Por qué no podía ayudarla? Mi hija necesitaba mi ayuda y yo no podía satisfacer sus necesidades. ¿En qué me convertía?

Entonces la puerta se abrió. Carlota asomó su pequeño cuerpecito y me miró.

Yo me sequé las lágrimas inmediatamente, suficiente tenía ella para encima estar preocupada por su madre llorona.

-Mamá – dijo.

-Dime, cielo – contesté con la voz temblorosa.

-¿Quién eres tú?

Ambas nos quedamos en silencio. Empecé a llorar de nuevo. La garganta me dolía tanto que ni siquiera podía hablar. Mi vista empezó a nublarse al mismo tiempo que Carlota desaparecía delante de mí.

Desde que ella se había ido, había olvidado quién era ella, y quién era yo.